

Usualmente, cuando una profesora nueva llegaba, el salón de clase se convertía en una tierra de nadie. El respeto, o miedo, que algunos estudiantes le tenían al profesor designado desaparecía cuando uno nuevo llegaba. ¿Por qué pasaba eso? Nadie lo sabe, pero era una especie de "prueba de fuego". Esta vez sin embargo, no había pasado nada de eso.

La profesora nueva se llamaba Lily, y no era la típica profesora cuarentona encorvada y adicta a la monotonía de su vida, presa fácil de jóvenes irrespetuosos buscando cualquier debilidad para explotarla y hacerle la vida imposible. Lily era joven, bastante alta y con curvas perfectas a donde miraras, pelirroja y con pechos como melones. Su piel era blanca pero ligeramente bronceada, y no tenía más de 26 o 27 años, recién salida de la universidad. Vestía ropa sencilla, pero en ella todo se veía bien, toda su ropa parecía estar siempre en sus límites de resistencia, lista para romperse si se movía muy rápido. Cómo hacía para que sus caderas entraran en esos jeans, ni idea, ni como su sostén podía sostener sus pechos en su lugar sin colapsar. Entonces no era de extrañar que desde el día 1 cuando apareció por primera vez en nuestro salón de clases, ni uno solo de mis compañeros había hecho nada que pudiera hacerla enfadar. No era una presa para jóvenes rebeldes, más bien, como pronto nos daríamos cuenta, las presas seríamos nosotros.

—¿Crees que tiene novio? —preguntó uno de mis compañeros, mientras la veíamos pasar al salón de profesores.

—Ese tipo de mujeres no tiene novio. —respondió otro.

—¿Ah no?

—No. Ese tipo de mujeres van a un club, a un bar, o adonde sea, escogen la verga que más les gusta y se la comen. No necesitan una relación, no necesitan esforzarse mucho. Cuando quieren algo, lo consiguen.

No había nada así en la escuela. Habían algunas mujeres bien buenas, pero nada que llegara al nivel de la profesora Lily, y no pasaba un día sin que alguno de nosotros comentara lo buena que estaba, o lo que le haría si la tuviera desnuda frente a él, siempre fantasías inalcanzables. Lo que nadie decía, era cuantas veces se habían masturbado con ella, pero era más que obvio que todo el mundo lo había hecho.

—¡Erick! —me dijo un día, mientras toda la clase salía.

Las clases habían terminado por hoy, y todos íbamos para casa.

—¿Qué pasa?

—Necesito hablar contigo.

—Uh... Ok... ¿Sobre qué?

—Sobre tus calificaciones este trimestre.

Mis calificaciones eran buenas. No estelares, definitivamente en la mitad inferior, pero suficientemente altas como para no considerarme un mal estudiante. Pero ese día había venido con un vestido de una sola pieza color vino, de esos pegados al cuerpo; no muy escotado, pero sí un poco corto, exponiendo sus piernas perfectas, así que no podía simplemente decirle que tenía que irme a ver monas chinas. Así que me senté de vuelta en mi escritorio y esperamos que todo el mundo saliera. Mientras esto pasaba, ella se cruzó de piernas mientras revisaba algo en un cuaderno. Luego de un minuto o dos se levantó, sonrió y salió un momento del salón. revisó a ambos lados del pasillo y regresó, cerrando la puerta detrás de ella.

—Trae una silla y siéntate a mi lado.

Como yo no era un estúpido, inmediatamente mi imaginación comenzó a volar. Traje una silla y me senté a su lado, mientras mi corazón palpitaba como los pistones de un motor de tren. Nunca la había tenido tan cerca. Desde aquí todo se veía más grande, y tenía un aroma frutal dulce.

—Este mes no trajiste algunas de tus tareas.

—Oh pues... Bueno traje casi todas.

—Eso podría afectar tus calificaciones al final del año.

—Igual... Mis notas son buenas...

—Lo sé. Pero puedes ser mejor...

—Uh... Supongo...

—Para este mes que viene, te voy a asignar otras tareas.

Yo no quería ser el mejor, solo quería sobrevivir la escuela y entrar a la universidad. En mi mente esta reunión había ido un poco diferente, no terminaba conmigo teniendo asignaciones adicionales.

—¿Más tarea?

La profesora me sonrió. Miró rápidamente hacia la ventana y luego puso su mano en mi rodilla. Mi corazón comenzó a acelerarse nuevamente.

—No más tarea, Erick... Otras tareas...

—Uh...

Con su dedo índice comenzó a acariciar mi pierna.

—He visto como me miras, Erick. Tú y tus compañeros...

—Oh... Lo siento si le incomoda, no era mi intención...

—¡Para nada!

—¿Ah no?

—No... Es lo contrario más bien... Me gusta...

—Oh...

Movió su dedo más cerca de mi entrepierna.

—Y sé cuales son tus intenciones con esa mirada.

Mi corazón comenzó a ir a mil por hora, y comencé a sudar. Tenía una erección literalmente como piedra y no podía ocultarla de ninguna manera. Miré a mi profesora a los ojos, pensando que estaba alucinando. Ella vio mi entrepierna y se mordió el labio, luego me vio a mí y me sonrió pícaramente.

—Yo también tengo ciertas intenciones, Erick. —continuó.

A esas alturas ya no podía responder. Solo podía ver su dedo índice dando vueltas cerca de mi erección. Entonces puso su palma sobre mi entrepierna, y comenzó a acariciar mi pene suavemente.

—¿Por qué yo? —pregunté, con voz cortada.

—Oh Erick... No creas que eres el único al que le he asignado "otras tareas"... Aquí han estado varios de tus compañeros... Y compañeras...

—Oh...

—No tengas miedo tócame... —Sonrió mientras se mordía sus labios otra vez— Sé que quieres tocarme...

Nerviosamente puse mi mano sobre su pierna. No sé que era, pero algo en su piel se sentía exquisito, como si estuviera tocando terciopelo. Sus mejillas se habían enrojecido y su piel se ponía brillante poco a poco con pequeñas gotitas de sudor.

—Más arriba... —Susurró.

Moví mi mano más arriba, acariciando la parte interna de su pierna. Comenzó a gemir suavemente, mirando de vez en cuando afuera de la ventana, pero completamente enfocada en tocarme. Podía sentir un ligero calor húmedo que venía de adentro.

—Más arriba... Susurró otra vez, esta vez dándome un beso en la mejilla.

En ese momento supe que esto definitivamente estaba pasando. Mi profesora me estaba pidiendo que le tocara su vagina, casi como me había imaginado muchas veces. Moví mi mano lentamente y toqué su piel, estaba mojada y tibia. Alejé rápidamente la mano, me había sorprendido, porque incluso en mis fantasías más vulgares, me había imaginado que siempre llevaba ropa interior, pero no llevaba nada bajo su vestido. Era solo su carne, suave, babosa y excitada.

—Uy, sí... —susurró con un gemido— ¿Te gusta?

—Sí...

—¿Quieres seguir?

—¡Sí! —No sabía para donde me estaba llevando exactamente, solo sabía que quería ir.

—Tienes que mantener el secreto igual que los otros...

—¡No le diré a nadie!

La profesora Lily sonrió, y comenzó a bajarme la cremallera del pantalón. Entre mi ropa se asomó mi pene, erecto y duro como roca.

—Mmmm... Siempre se ven mejor de lo que me los imagino... —comentó, envolviendo su mano alrededor de él y moviéndola arriba y abajo.

Nunca había estado con una mujer antes, pero esto se sentía mil veces mejor que cuando me masturbaba; y había tenido algunas bastante potentes y placenteras. De pronto se alejó un poco y me sonrió.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Sí, mucho...

—¿Quieres verla?

—¡Sí!

Una vez más, no sabía a que se refería exactamente, aunque tenía una idea. Y de todos modos, lo que fuera que quisiera enseñarme con gusto lo vería. Se levantó de su silla, y pude ver un poco de líquido bajando por su pierna. Se sentó en su escritorio, miró rápidamente hacia afuera otra vez, y se levantó su vestido. A centímetros de mi cara estaba su vagina. Recién rasurada, empapada y palpitando ligeramente.

—¿Te gusta? —me preguntó con una sonrisa morbosa.

Asentí con mi cabeza, admirando su perfección, que parecía brillar de lo buena que era. Con su dedo índice comenzó a tocarse mientras gemía un poco.

—¿Ves aquí? —me preguntó, acariciándose.

—Sí...

—Es mi clítoris, chúpamela ahí.

Vacilé un segundo, pero ella no estaba dispuesta a esperar a que mi mente procesara lo que estaba pasando. Me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia su entrepierna, y comencé a lamerla.

Sorpresivamente, comenzó a gemir bastante fuerte. Tenía un sabor extraño, un poco salado, una textura babosa y cálida, pero olía muy bien, y entre más la chupaba, más me gustaba. Instintivamente puse mis manos sobre sus caderas, y comencé a acariciar su cuerpo. Todo en ella se sentía firme. Todo estaba bien puesto y tenía el tamaño perfecto.

Mi cara estaba sumergida entre sus piernas, y sus gemidos eran muy fuertes. Puso sus piernas sobre mis hombros y sentí como mi cara se humedecía montones. No entendía que estaba pasando exactamente, y por un momento pensé que esta mujer se estaba orinando en mi cara, pero no olía mal. Intenté separarme un momento para preguntar, pero su mano estaba agarrando mi cabello con firmeza tirando hacia ella. Lo único que podía hacer era seguir lamiéndola hasta que me soltara. En el camino concluí que no era ningún líquido salido de su vejiga, de donde fuera que viniera, sabía muy bien, y cada gemido que daba me encendía más.

Luego de un par de minutos aflojó un poco, y pude alejarme un poco y recuperar el aliento. Su rostro ya no era el de la profesora Lily. Estaba despeinada, sudada, con una sonrisa de oreja a oreja y una expresión de lujuria que la hacía ver más bien como alguna deidad antigua del placer reencarnada en ella.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Levantate.

Sin protestar hice caso. Me miró a los ojos un par de segundos y me besó, aferrándose a mi con sus piernas alrededor de mi cuerpo.

—¿Quiere verme los pechos?

—¡Por supuesto que sí!

Se bajó los tirantes de su vestido. Luego comenzó a bajar lentamente el borde de esto, revelando dos grandes tetas cubiertas por un sostén negro. No eran enormes, eran del tamaño perfecto, como todo en ellas. Con una sonrisa morbosa se aflojó el broche, y el sostén cayó sobre sus piernas. Sin pensarlo dos veces puse mis manos sobre ellas. No muy duras ni muy suaves. respingones y con pezones sobresalientes y erectos.

Sin decirme nada tiró de de mi cabeza otra vez, sumergiendo mi cabeza en ellos. El aroma fruta parecía venir de ahí, y a estas alturas ya no sabía si era su perfume o si en verdad era una criatura mitológica y este simplemente emanaba de su cuerpo, pero era intoxicante y excitante.

—¡Métemela! —exclamó, soltando mi cabello y dándome un beso.

En su mirada había fuego, y era imposible resistirse a sus órdenes y exigencias, era como si me hubiera hipnotizado. Pero ella también parecía poseída, tocándome y besándome, repitiendo que se la metiera hasta el fondo. Una vez sin poder ni querer protestar, me acerqué a ella y comencé a buscar con mi

pene su vagina, buscando el punto de entrada. Al penetrarla gimió con mucha fuerza y sentí sus uñas clavarse en mis espalda, mientras sus piernas enrolladas a mi alrededor me apretaban con fuerza. Si hubiera existido en ese momento un instante de arrepentimiento, no habría podido salir de ahí, pues estaba completamente atrapado por ella. Todo este tiempo habíamos estado hablando palabras grandes, haciendo alarde de lo que le haríamos si teníamos la suerte de estar con ella. Todo eso habían sido palabras, porque la depredadora era ella, y yo solo podía hacer lo que me pedía, ni más ni menos.

—¡Cógeme! —gruñó, chupándose el cuello— ¡cógeme como te lo imaginabas anoche!

Nunca supe como sabía que justo la noche anterior había fantaseado con ella, pero ahora no importaba. Haciendo caso de lo que dijo comencé a mover mis caderas con fuerza. Cada vez que empujaba hacia adentro, mi profesora gemía, pero cada vez me pedía que lo hiciera con más fuerza, más rápido, más agresivo. Era un poco doloroso, y me quedaba sin aliento, pero entre más gemía, más me excitaba. Por dentro estaba muy apretada, no sabía si todas las mujeres eran así, pues nunca había tenido sexo con una, pero esta parecía que entre más fuerte la penetrara, más estrecha se ponía. Quizás era mi imaginación, pero me gustaba, y no tenía pensado cuestionar por qué sucedía eso.

Cada vez que sentía que iba a llegar al orgasmo, me miraba a los ojos y me ordenaba seguir. "¡Aún no!" exclamaba, y de inmediato sentía otra vez fuerza para seguir. Sus palabras y su mirada dominante eran mágicas, era imposible resistirse a sus órdenes.

No sé cuánto tiempo pasó, sentía que llevaba horas ahí, pero no podía saberlo con certeza, solo sabía que debía seguir. De pronto me soltó y se acostó en su escritorio.

—¡Sí, sí! —gritaba entre gemidos— ¡Hazme llegar!

Comencé a empujar con más fuerza, sintiendo como los músculos de mis piernas comenzaban a arder. Sentí de pronto una energía, lo mismo que se siente cuando uno está a punto de alcanzar el clímax, pero mil veces mejor. Al mismo tiempo, mi profesora comenzó a respirar con mucha fuerza y a gemir sin control. Parecía que estaba convulsionando pero parecía disfrutar cada segundo.

—¡Córrete adentro! —exclamó una vez más, casi sin aliento.

Justo en ese instante mi mente dio un giro. Sentí como se tensaban mis piernas y mi semen fluía a alta presión fuera de mi pene. La profesora dio un grito gutural muy alto y agudo, una especie de gruñido sobrenatural mientras mi semen la llenaba. Durante un momento sentí como si nuestras almas se fusionaran en una, pero súbitamente perdí toda mi fuerza. Caí en su silla absolutamente cansado, y ella quedó acostada sobre su escritorio sin moverse, con sus piernas guindando en el borde, sus brazos desparramados, su respiración aún fuerte y mi semen goteando lentamente fuera de su vagina.

—¿Profesora? —pregunté un poco preocupado.

Verla ahí tirada inerte me hizo pensar que le estaba ocurriendo algo malo, pero respondió con suave gemido. Nos quedamos ahí en silencio. Ella no parecía querer ir a ningún lado, y yo apenas tenía fuerzas, así que durante un rato me quedé sentado admirando su cuerpo, su vagina húmeda y rosada, y sus curvas perfectas.

—Sal de aquí, Erick. —dijo finalmente, aún acostada sobre su escritorio.

—Uh... ¿Necesitas algo?

—No... Gracias... Súbete los pantalones y sal.

—Uh, de acuerdo...

Me sentía muy adolorido y exhausto, pero lentamente me vestí y me arreglé un poco. Tomé mi mochila y caminé a la entrada.

—Oh, Erick...

—¿Sí?

Me di media vuelta. Aún acostada me veía con sus ojos entreabiertos y una sonrisa tranquila.

—¿Te parece bien hacer otras tareas todos los viernes después de clase?

—Sí profesora, como usted diga.

—Buen chico... —Sonrió morbosamente y cerró sus ojos— Nos vemos...

Sonreí y salí al pasillo. Estaba desierto, y todo era un silencio sepulcral. Cojeando y con dolor de espalda salí de la escuela, esperando que llegara el próximo viernes, para estar otra vez con mi profesora, y tener el placer de hacer lo que me ordenara.